

pero Urbano solo reinó doce días y en estos doce días solo nombró un cardenal.

Las naciones habíanse movido con actividad extraordinaria para nombrar el nuevo Papa y la católica España habíase granjeado un ruidoso triunfo para que todo pasase como vano ensueño y rápida ilusión de ardiente y exaltada fantasía. Dulce de temperamento, rígido de costumbres, afable de trato, instruido en las ciencias divinas y humanas, Urbano VII inspirara las mas consoladoras esperanzas en los difíciles trances por que corría Europa, si la salud quebrantada y la edad provecata no le hubieran aterrado en el sepulcro. El 15 de setiembre le nombraron, el 23 quisieron coronarle y no le coronaron por motivo de su enfermedad última; el 26 le dieron la extremaunción; y murió el 27. La imaginación popular dió interpretaciones fabulosas á tan inesperado suceso. Díjose que lo habian con cautela envenenado los enemigos de la política española, dándole á oler un ramo de rosas, y que bajo el pontificado de uno de sus sucesores, el tercero, Clemente VIII, un hombre misterioso confesó á los piés del cardenal penitenciario que habia dado ponzoña traidoramente, aunque por superiores órdenes, á dos sucesivos Papas. Diéronle la indispensable absolución. Mas para evitar que cayera en nuevas tentaciones lo entregaron al Santo Oficio y desapareció el envenenador misteriosamente de la tierra.

Siguió á Urbano VII, Gregorio XIV, quien solo duró diez meses. Instrumento de Felipe II, no pudo servirle como quisiera por la rapidez vertiginosa de su breve pontificado. Sin embargo, confirmó la liga católica y excomulgó á Enrique IV en el brevísimo período de su dominación. De los millones atesorados por Sixto V en la fortaleza de Santo Angelo entregó dos á los ligueros franceses; subvencionó con cerca de quince mil escudos anuales el partido intransigente y furioso en la guerra con los hugonotes. Pero no pudo extender y arraigar su política, porque le mató la fiebre pontina en octubre de 1591, pasando del trono al sepulcro con la misma rapidez que sus dos inmediatos antecesores.

A Gregorio XIV sucedió Inocencio IX. Este Papa no hubiera sido en el conclave designado, si el cardenal Mendoza no da de puntapiés allí mismo al cardenal Montalto, joven sobrino de Sixto V y árbitro de la mayoría de

votos. Papa de tal manera elegido solo vivió un mes. Las violencias de su propia elección le acortaron, produciéndole profundas y diversas emociones, una vida ya de suyo flaca y enferma. Nervioso y friolero, tiritaba de frío á la continua en los meses de mas calor, y parecia, segun la poquedad y miseria de su triste ánimo, que tiritase de miedo. Abrumado por el peso de la política española trató de inclinarse á Francia; y la muerte le sobrecogió escuchando despachos venidos de su nación predilecta y extendiendo mandatos y órdenes á ella favorables. La universal malicia creyó que lo habia envenenado Felipe II; pero su débil naturaleza muestra que viviera vida bien triste y acabara de muerte bien natural. Tan rápido paso de los Pontífices por el trono decidió la elección de Clemente VIII, sano, robusto, relativamente joven, pues solo tenia cincuenta y cuatro años, muy tardo en sus resoluciones, pero muy decidido y muy firme despues de haberlas con reflexión y madurez tomado.

Catorce años reinó. A manera de los mas austeros penitentes, ponía siempre sobre sus libros y al pié de su cama una calavera. El acto capitalísimo de su vida fué la célebre absolución de Enrique IV, por la cual creyó haber salvado el catolicismo en Francia. No tomó ciertamente aquella resolución, sino despues de largas meditaciones y prolijas consultas. Recelando que los cardenales no le siguieran, recogió sus votos secretos, uno á uno, en papeles cerrados, y luego declaró que la tercera parte de ellos estaba por la absolución. El 17 de diciembre de 1595 llevóse á cabo tan alta y solemne ceremonia. El trono pontificio se levantaba orgulloso ante la Iglesia de San Pedro; y rodeábanle todos sus cardenales en dos filas, como rodean los arcángeles y los serafines al Eterno en los cuadros litúrgicos. Leyóse la demanda humildísima del monarca, y su representante se arrojó á los piés del Pontífice pidiéndole perdón, que le fué concedido y otorgado, tocando con una vara en su hombro, despues de lo cual todas las campanas de Roma repicaron alegremente y en todas las iglesias subieron al cielo fervorosas acciones de gracias. Puede asegurarse que con este Papa concluye la reacción religiosa del siglo décimosexto, y termina la historia que nos conviene conocer para estudiar los desarrollos del jesuitismo y su influencia en Europa.

Lo que mas caracteriza este tiempo es la fuerza de impulsión que toma el catolicismo. Ya no se contenta con defenderse como en tiempo de Carlos V,

tantas veces obligado á transigir con los protestantes, ora por la guerra de Francia, ora por la guerra con el Turco. El catolicismo, si no se reforma en este período, porque reformarse hubiera equivalido á morir, dada la terrible lucha con los protestantes, se organiza, y en la organizacion encuentra múltiples y poderosas fuerzas. La inquisicion, el jesuitismo, Felipe II, hé ahí los factores vivos del Pontificado católico. Si el mundo europeo, en sus dos grandes naciones centrales, Alemania é Inglaterra, tan adictas al catolicismo, se le apartaban, surgian por una compensacion providencial aquellas regiones americanas inmensas, innumerables, varias, y en las cuales reinaba en absoluto el rey español que tenia como el mas noble de sus títulos el de protector de la fe católica en toda la redondez del planeta.

## CAPITULO VIII

### EL JESUITISMO Y EL GERMANISMO

Las victorias de la raza latina sobre innumerables gentes y la dilatacion de sus dominios en los mares por el hallazgo de tantas regiones diversas, contribuyeron mucho á los desenvolvimientos de la idea jesuítica, cual contribuyeron al apostolado de la importantísima obra. Sevilla de un lado y de otro lado Lisboa, llevaban á las Indias orientales y á las Indias occidentales, con el Verbo de la civilizacion moderna, el espíritu de la Iglesia católica, y con el espíritu de la Iglesia católica, las primicias de la órden jesuítica. No hubo en la historia coyuntura tan propicia para ejercer el apostolado como la coyuntura que ofrecian los descubrimientos de Portugal y España. Penetrado Ignacio de tal creencia, impulsó á los suyos para que, presentándose á una en la corte de Toledo y en la corte de Lisboa, moviesen los respectivos gobiernos á la proteccion y amparo de su activa propaganda. Aquel célebre doctor Diego de Govea, ya conocido por nuestros lectores, que dispuso azotar á Ignacio en el colegio de Santa Bárbara de Paris, vista la gran obra del aborrecido alumno, influyó en D. Juan III de Portugal, para que abriese á la Compañía las Indias. Salieron, pues, de Roma para Lisboa, el maestro Simon y el maestro Javier. Este último tenia de tal suerte los sentidos embargados por aquella empresa, que diariamente soñaba con alguna cosa extraordinaria. Creíase unas veces en abandonada selva, como si estuviera solo en el mundo; creíase otras veces trayendo á costas un etíope ó un indio, cuyo peso le abrumaba las espaldas y le mareaba la cabeza.

Por fin á 7 de abril, y en el año 1541, embarcóse Francisco Javier en la nao